

Carlos Francisco Monge

En uno de sus escritos finales, redactado probablemente hacia 1587, Michel de Montaigne afirma que «la palabra es mitad del que habla y mitad del que escucha»<sup>2</sup>. Para el ilustre pensador

francés quien habla profiere su ser y su persona misma; al propio tiempo, quien oye recoge sus palabras, se las apropia y decide qué hacer con ellas. Un acto, como ven, de libertad. Al parecer, Montaigne tenía una voz fuerte, lo que en algunas ocasiones le trajo contratiempos y disgustos, como cierta vez en que un lacayo, ante una reprimenda de su célebre amo, se atrevió a responderle: «Habladme, señor, más bajo, que os oigo bien»<sup>3</sup>. Esto lo cuenta con el aire divertido que tiene buena parte de sus famosos ensayos, pero extrayendo del caso una lección: solo podemos entendernos si acudimos a la misma índole del discurso; o dicho de modo más coloquial, si hablamos un lenguaje común. Más de cuatrocientos años después de aquella pequeña historia doméstica, todavía podemos sacar provecho de sus consecuencias. Montaigne sabía —como también su modesto pero digno sirviente— que las palabras dichas ni son totalmente propias ni totalmente ajenas; son compartidas como lo son el entorno natural, los espacios urbanos, las formas de convivencia social, las enfermedades contagiosas, el precio de los combustibles y los eclipses solares. El maestro francés y su lacayo entendían que cuando hablamos, más que individuos, más que compatriotas somos congéneres. Hablar es un ejercicio de libertad y un doble gesto de reconocimiento: comprendemos quiénes somos y buscamos saber de los demás, con quienes coexistimos. Nadie habla para sí, y aun haciéndolo guarda un oculto propósito de comunicarse con alguien: el fantasma de su yo, la conciencia que lo vigila, un ángel guardián o los mismos demonios de la esquizofrenia y de la soledad.

Han corrido ya más de cuatro siglos y ese sigue siendo el tema de estudio y de reflexiones en centenares de escuelas y departamentos universitarios dedicados a la lingüística. Empezamos por examinar nuestro propio idioma y en seguida pasamos a explorar otros lugares. Los invito, durante los minutos que me han concedido en esta reunión, a una pequeña exploración por esos territorios del idioma. Tal vez demos con algún recodo olvidado, con un árbol que nunca habíamos visto, con alguna colina desde una nueva luz.

Esta Escuela de Literatura y Ciencias del Lenguaje que hoy nos recibe es relativamente joven; la fundaron unos esperanzados profesores hace poco más de treinta años, edificada como una casa de estudios diferente y renovadora. No vamos a discutir ahora cuánto de esto se ha alcanzado; no es el tema ni el momento. Se propuso ser una escuela dedicada a los estudios

1 Texto leído como conferencia de apertura del I Congreso de Lingüística Aplicada, en la Facultad de Filosofía y Letras, de la Universidad Nacional (Heredia, Costa Rica), el 23 de octubre de 2007.

2 «La parole est motié à celuy qui parle, motié à celuy qui l'ecoute» («De la experiencia», Ensayos, tomo iii).

3 La procedencia es la misma que lo indicado en la nota anterior («Mon maestre parlez plus doux, je vous oys bien»).

---

lingüísticos, en los que se incluyeron dos grandes secciones: una de lengua española (es decir, la lengua materna) y otra que se ocuparía de la enseñanza de segundas lenguas. La que se denominó desde entonces la sección de Español desarrolló programas de docencia y de investigación sobre este idioma y sus literaturas; los programas para la enseñanza de lenguas extranjeras se distribuyó en dos grupos: una sección de Inglés y otra de Francés. Es lo que persiste hasta hoy día, si bien a lo largo de estos treinta años también se han impartido cursos de alemán, de italiano, de portugués, de japonés. También se han impartido cursos de griego clásico y de latín, y se han hecho estudios sobre lenguas indígenas costarricenses; tengo noticia, además, de que pronto tendremos aquí cursos de mandarín. Toda esta variada labor en una sola escuela. Otras universidades han preferido la segregación, a veces parecida a la dispersión: hay escuelas dedicadas al español, otras dedicadas al inglés, otras al francés, otras a la lingüística, otras a la literatura, e incluso a la cultura y la literatura solo centroamericana, etc. Lo que tenemos en juego aquí no es la especialización ni la disgregación, sino lo contrario: la suma y la integración de disciplinas, de campos de estudio; es decir, de colaboraciones más que de rincones aislados que, quizá por ello mismo, pueden resultar demasiado silenciosos.

Con los años, se va conociendo que es más fructífero llevar a cabo el estudio del lenguaje desde los enlaces, desde la comunicación entre espacios de la conciencia, desde la variedad de modos de relacionarnos con el que creemos nuestro mundo. Costa Rica es un país predominantemente monolingüe, y quizá por ello mismo hemos sido proclives a ver en un segundo idioma un signo de la extrañeza, más que de la otredad. Por fortuna, la situación ha estado cambiando y la historia presente es más rica, más abierta, más variada. Para un costarricense nacido en el valle intermontano central, aprender un segundo idioma suele resultarle atractivo por su novedad y porque lo lanza a mundos desconocidos hasta entonces; pero quien haya convivido con dos lenguas desde su infancia, aquello apenas le resulta de interés; tal sería el caso de quienes han hablado siempre dos lenguas (el cabécar y el español, por ejemplo; o el inglés limonense y el español, etc.)<sup>4</sup>, si bien en forma alternativa y dependiendo de las circunstancias. Apenas es necesario mencionar que en otros países la coexistencia de dos, tres y cuatro idiomas, practicados por todos, es habitual y parte de su natural condición. No voy a entrar aquí, desde luego, a discutir si cada idioma constituye un modo específico de organizar o percibir la realidad; sobre eso ya abundan los debates, siempre ricos y cautivantes. Solo me limito a recordar que el estudio de un idioma no necesariamente se ha de orientar a hablarlo bien sino a comprenderlo bien. Y ello significa comunicarnos con los demás, en igualdad de condiciones como hablantes y como personas. Por ello, acertaba el lacayo de Montaigne al reclamarle a su amo que no le gritase; bastaba con que él pudiese oírlo y comprenderlo.

La lingüística aplicada es uno y muchos campos a la vez. En estos tres días tendremos

---

<sup>4</sup> El cabécar es una lengua indígena costarricense, que pertenece a la familia lingüística chibchense, junto al bribri, el boruca, el guaimí y el maleku.

---

ocasión de conocer y cotejar los trabajos más recientes. Me parece, sin embargo, que por haber sido muy recorridos, varios territorios suyos requieren una exploración minuciosa y quizá más integradora. Voy a señalar unos cuantos aspectos sobre el ejercicio de la lingüística aplicada en Costa Rica, y en particular en esta casa de estudios que hoy nos acoge.

Empecemos por preguntarnos por el tema de la enseñanza de las lenguas, uno de los centrales de este Congreso. Sobre la enseñanza del español contemporáneo hay mucho que decir, y en cuanto a los objetivos y propósitos de su enseñanza en Costa Rica y desde Costa Rica, caben otras tantas ideas. En esta Escuela hay un plan de estudios para la enseñanza del Español como lengua materna, y otro para la enseñanza del Español como segunda lengua. Buena es esta ocasión para preguntarnos cuál es el objetivo de enseñar español, desde este pequeño recinto y desde nuestro país. Admitamos que el proyecto mismo de enseñar a otros una segunda lengua tiene ciertos valores dignos y meritorios: poder comunicarnos, compartir cultura, ingresar a un nuevo universo verbal siempre rico y siempre en evolución; en último término: conocer. Pero cabe también preguntarnos por los objetivos más inmediatos: ¿para qué enseñar el español como segunda lengua?

Acudamos a algunas estadísticas, siempre interesantes, sobre la situación actual del español en el mundo. Nuestro idioma lo hablan hoy día unos 500 millones de habitantes. México es el país que cuenta con la mayor cantidad de hablantes, 107 millones; le sigue Colombia con 45 millones; muy cerca, en un tercer lugar está España, con poco más de 44 millones. Costa Rica figura en la posición 17, con algo más de 4 millones de hablantes; y habría que bajar su listón si se tiene en cuenta la situación de los Estados Unidos de América, donde hay más de 44 millones de hispanohablantes (es decir, casi el 15% de su población total)<sup>5</sup>. Al crear programas para la enseñanza del español como segunda lengua, con cierta candidez podríamos pensar que el «mercado natural» de nuestro entorno geográfico es la comunidad estadounidense (que incluiría turistas, estudiantes visitantes, personal de empresas y consorcios hoteleros, grupos vinculados al quehacer político o de la abogacía, etc.), cuando la realidad es otra: en los Estados Unidos hay diez veces más hispanohablantes que en Costa Rica. Así, los tópicos de que se busca transmitir cultura, difundir el rico patrimonio lingüístico del español, expandir las fronteras del idioma y tantas otras ideas tan generosas como inocentes, terminan como argumentaciones más bien casuísticas y amparadas a la urgencia de persuadir a quienes deciden si un programa de estudios merece auspicio económico y apoyo institucional. Con estas cifras resultaría difícil convencer al personal de gobierno universitario de que nuestro programa puede garantizar la persistencia del español y expandir sus dominios lingüísticos. Naturalmente, aquí no se pretende que la enseñanza del español se convierta en un negocio lucrativo ni en una próspera empresa; tampoco buscamos «exportar» nuestro español como producto nacional. Son otros los asuntos que nos ocupan: por una parte, analizar el potencial comunicativo de nuestro idioma, no solo para expresarnos con

5 De esto se desprende que tiene tantos hablantes del español como España.

---

eficacia sino también para evitar la confusión babélica o para estimular la voluntad creadora y la imaginación por medio de la palabra. Por otra parte, enseñar nuestro idioma a quienes están dispuestos a adquirirlo no constituye un acto oficioso de un contrato en el que yo te enseño y tú me pagas por ello; hay un componente de profundo humanismo —o quizá sería mejor decir de «humanitarismo»— porque entran en juego dos voluntades libres y abiertas a la convivencia. No es una invasión a territorios ajenos; es una visita a lugares compartidos; en el fondo, es un acto de hospitalidad. Estamos ante la universalidad de lo humano frente a los narcisismos de las particularidades endogámicas; ante la diversidad como libertad humana y no ante la identidad como enclaustramiento mental.

Otro tema vinculado con la enseñanza de lenguas —a mi entender, poco estudiado en nuestro medio— es el de la normalización y la planificación lingüística. Puede que la etiqueta de esta actividad no sea la más feliz: arroja la idea de que una poderosa y desconocida entidad (el «Gran Hermano» de la novela de Orwell<sup>6</sup>) ejerce su autoridad que nos obliga a hablar de cierta manera, y nos ha de prohibir el uso de palabras y frases. Esto, desde luego, no deja de preocupar, sobre todo si pensamos en el caso opuesto, cuando se da la imposición —voluntaria o no— del silencio como forma de control sobre la lengua de una comunidad. La lingüística, como sabemos, no ha desconocido la relevancia de considerar hechos lingüísticos en función de necesidades sociales. No vayamos muy lejos: existen intentos conscientes de reformar una lengua para adecuarla a las necesidades de su tiempo. Efectivamente la planificación lingüística constituye una forma de planificación social, lo que implica un tipo de intervención de las políticas oficiales sobre asuntos sociales, culturales e incluso históricos. En algunos casos puede tocar aspectos de integración nacional, de desarrollo económico, de control político, de protección a grupos minoritarios; también proyectos para fomentar la expansión o persistencia de una lengua. Intervienen, claro, recursos normativos, pero en muy raros casos se busca el purismo, la eficacia o alguna directriz por hacer desaparecer una lengua frente a la de prestigio o la del poder. Sobre esto, naturalmente, colegas españoles que asisten a este Congreso pueden hablarnos durante horas enteras, porque en España este es un tema particularmente rico y complejo, y no solo lingüístico.

Mencionaré tan solo tres casos de normalización y planificación lingüística. En Costa Rica existen normas oficiales según las cuales en cualquier documento oficial (y esto incluye discursos, conferencias, comunicados, entrevistas, etc.) debe respetarse y ejercerse, entre otras cosas, el lenguaje inclusivo de género; así, en vez de decir «el hombre es un animal de costumbres» habría que decir «el ser humano es un animal de costumbres»; para un aviso del Ministerio de Educación, en vez de «los niños menores de seis años» se tendrá que indicar «los niños y las niñas...». Por supuesto, siempre hay maneras de incluir y al mismo tiempo de reunir; basta un poco de ingenio estilístico. Por ejemplo, podríamos hablar del estudiantado

6 Me refiero a la novela 1984, del británico George Orwell, publicada en 1949.

---

(en vez de LOS estudiantes), del cuerpo académico (en vez de LOS profesores y profesoras), de «apreciables colegas» (para así eludir el circunloquio «queridos amigos y amigas, profesores y profesoras...»). Desde luego, el lenguaje inclusivo de género es una disposición entendible, admisible y practicable; se trata, ni más ni menos, de reconocer y expresar la condición de igualdad entre todas las personas. Pero tal dictado lo hemos recibido, por decirlo así, «desde arriba», porque hasta ahora no se había despertado clara conciencia del lenguaje androcéntrico con que nos hemos venido formando desde nuestra infancia, y algo había que hacer. Si los examinamos en detalle, resulta androcéntricos ciertos pasajes de la Constitución Política de Costa Rica, al referirse a la figura del Presidente; o la denominación del cargo «Defensor de los Habitantes»; en el Estatuto Orgánico de esta universidad se habla del Rector, de los Decanos, de los Directores; se manifiesta en el nombre del Hospital Nacional de Niños, cuando bien pudo habersele denominado —con visión futurista— Hospital Nacional Pediátrico; también nos resulta androcéntrico el nombre del Colegio de Licenciados y Profesores, al que nos conminan a pertenecer, o el Consejo Nacional de Rectores<sup>7</sup>. Claro, también se da el caso opuesto: las noticias suelen hablar de los delincuentes, los drogadictos, los chapulines, los asaltantes; y al mismo tiempo se conversa, como si tal cosa, de las secretarías, las aeromozas, las servidoras domésticas, las enfermeras, frente a los asesores, los sobrecargos, los mayordomos, los médicos, etc. En el lenguaje, entre coloquial y oficial, que suelen emplear ciertos funcionarios públicos —pongo, por caso, a la policía de tránsito— a los varones se nos llama «jefe», «patrón», «caballero», e incluso «licenciado» o «doctor»; en cambio, a las mujeres se las trata de «reina» (o «reinita»), «princesa», «mamita», «corazón», y otras lindezas claramente cargadas de sentido autoritario, si bien recostado en la afabilidad y en las buenas intenciones.

También la política de proteger el patrimonio lingüístico costarricense es un caso de planificación lingüística en Costa Rica, que incluye no solo la lengua española sino también, y de manera particular, las lenguas indígenas existentes en nuestro territorio. Esto ha sido resultado de la determinación de lingüistas, antropólogos, sociólogos y conocedores del tema, además de las propias comunidades hablantes. La Academia Costarricense de la Lengua, por ejemplo, asume tareas referentes al uso del español pero también se ocupa de las lenguas indígenas (desconozco si esta directriz también la asumen como propias otras Academias hispanoamericanas)<sup>8</sup>. Y en cuanto a los estudios más sistemáticos y confiables, qué mejor que acudir a los ejemplos de notables lingüistas costarricenses (incluidos varios que están en esta misma sala), quienes desde las principales universidades han venido desarrollando valiosas investigaciones.

Dos ejemplos más de planificación lingüística, relativamente recientes, aunque no

---

<sup>7</sup> Cada vez que se me presenta una ocasión, como ésta, la aprovecho para sugerir para Conare, un nombre más apropiado; por ejemplo: Consejo de Universidades Estatales Costarricenses. ¿No les parece más adecuado y preciso? Lo dejo al ilustre criterio de nuestro actual rector.

<sup>8</sup> En su Estatuto se fija, como uno de sus fines «estimular el conocimiento de las lenguas indígenas locales en relación con sus culturas y el habla del español costarricense» (Art. 2).

---

referidos a nuestro medio: por una parte, la legislación sobre la llamada «corrección política» en el estado de Nueva York, para referirse a las personas de raza negra; por otra, la eventual autorización de Joseph Ratzinger (Benedicto <sup>xvi</sup>, para los católicos) para que en las misas se emplee el latín como idioma de uso. Sobre el primer caso, baste solo mencionar los alcances de esa peculiar legislación: consiste en prohibir el uso de la palabra *nigger* para referirse a personas de raza negra. Con ello se ha dado una curiosa situación; como no se debe siquiera pronunciar la voz *nigger*, han tenido que acudir a un rodeo semántico poco habitual: se refieren a la palabra «N» [es decir, a the «N» word]. Es un intento, desde la esfera política, por evitar o atenuar cualquier referencia de índole racista para los ciudadanos neoyorkinos (y presumo que los de otras procedencias). Hoy día es taxativo referirse a las personas de raza negra como «afroamericanas» [i.e., Afro-Americans]. Una vez más, esa disposición es entendible, explicable y, si se quiere, políticamente correcta. Debo decir que en Costa Rica, ese tipo de decisiones no ha llegado todavía a tales alcances.

En cuanto al recomendado uso del latín en los cultos católicos, las polémicas sobre este es un asunto están apenas por empezar, y tal vez no sea necesario extendernos hoy sobre ello, porque ya habrá ocasión de opinar, cuando el asunto se convierta en práctica obligada entre los creyentes católicos de nuestro entorno. Sin embargo, algo podríamos mencionar: es evidente que en una abrumadora mayoría los creyentes católicos no conoce el latín y, por tanto, queda aislada de toda comunicación con los oficiantes de sus ceremonias religiosas; está claro, además, que ese encargo es más ritual que lingüístico; y por último, está claro que el latín ha sido y es una lengua de prestigio y que sigue despertando interés... entre los latinistas. Ya veremos cómo se van a desarrollar los debates, de indudable valor para quienes hablamos del destino de los idiomas en nuestras actuales circunstancias históricas.

Prosigamos con nuestras exploraciones. Entre las «ciencias del lenguaje» que todavía no hemos arropado con suficiente cuidado hay tres: la psicolingüística, la etnolingüística y la propia filología. No digo que no hay algunos adelantos, pero sí que pueden haber influido aspectos de otra índole —incluidos los financieros— para que esos espacios del saber no se hayan desarrollado más en nuestros programas docentes y de investigación, si bien existen en nuestros programas algunos pocos cursos, inevitablemente cortos. La etnolingüística es un espacio tan vasto que mucho tiempo más necesitaríamos para charlar sobre ello. Originada en la antropología, tiene muchas ramificaciones y éstas, a su vez, están en condiciones de acceder a muchos otros espacios del saber, no solo sobre el lenguaje. En nuestro medio, cultivarla con más decisión nos llevará a reflexionar sobre aspectos esenciales de nuestro saber idiomático. Resultaría tópico afirmar en esta sala que «el español es una lengua de cultura»; pero más interesante es extraer una hipotética segunda declaración: «el español de Costa Rica es una lengua de la cultura costarricense»; es decir, de la realidad tal como nos enseñaron a aprehenderla, a clasificarla y a calificarla. Si la

---

etnografía lingüística se ocupa de identificar la cultura «no lingüística» reflejada en las lenguas, ¿cómo no ocuparse de los idiomas sin pensar en ellos como los verdaderos portadores de nuestra historia? El inglés Samuel T. Coleridge era muy dado a examinar cuidadosamente las palabras; las propias y las de sus coterráneos. No nos debe extrañar, era un poeta. Veía, por ejemplo, en la etimología un procedimiento pedagógico de especial valor, quizá mayor que otros modos tradicionales de ejercer la enseñanza, no solo de lenguas sino de historia. «Hay casos —escribió en cierta ocasión— en los que podemos extraer conocimientos de más valor, con la historia de una sola palabra que con la historia de toda una guerra»<sup>9</sup>.

Una de las expresiones más llamativas, para una persona extranjera que nos visita, es el «pura vida» con que solemos los costarricenses responder coloquialmente los saludos cotidianos. ¿Por qué «pura vida»? Tal vez nuestro temperamento afectivo y vitalista nos ha llevado a inventar la frase; puede que una oculta fe en que no hay que dejar de agradecer los favores de la existencia; o a lo mejor porque nos sirve de consuelo ante los avatares de las urgencias cotidianas. También tenemos nombres y figuraciones singulares, como denominar «Casa Presidencial» a la que ocupa el Presidente, y al mismo tiempo «Palacio Municipal» a no pocos de los modestos edificios de los ayuntamientos o municipalidades. Curioso contraste que en otros lugares sorprendería: una casa para la Presidencia, un palacio para la Alcaldía. A veces encontramos denominaciones menos optimistas que la mencionada «pura vida», como ciertos topónimos de los que ya se enterarán quienes acaban de llegar aquí como congresistas; así, en nuestras cordilleras hay un Cerro de la Muerte; hay un volcán Irazú, cuyo sonoro nombre hace pensar en la iracundia; hay un río Reventazón; una zona ante el mar Pacífico conocida como Malpaís; una sierra denominada Salsipuedes; y no digo más para no despertar aprensiones y cambios de última hora en los planes de conocer esta pequeña república centroamericana. Desde luego, no estoy invitando a que nos quedemos en asuntos tan puntuales, que llevarían a muy poco; es imprescindible ir más allá, y desarrollar estudios sistemáticos sobre etnolingüística del discurso; tal vez con ello podríamos empezar a comprender por qué el modo del hablar costarricense es diferente del modo como lo hacen con el mismo idioma los habitantes de Bogotá, de Sevilla o de Guinea Ecuatorial. Estoy simplemente señalando las relaciones entre el saber idiomático y el conocimiento del mundo. Con estudios más sistemáticos desde la perspectiva etnolingüística mucho podríamos avanzar.

La psicolingüística es otra tarea pendiente en nuestro medio. No se ha pasado por alto, pero merece más empeño y atención. Implica, como es sabido, varios campos: el aprendizaje de la lengua como proceso cognitivo, la adquisición de la lengua materna o de segundas lenguas, la neurolingüística, etc. Si he mencionado aquí las expresiones «pura vida» o topónimos como «Malpaís» es porque como hablantes contamos con procedimientos mediante los cuales atribuimos

---

9 «There are cases, in which more knowledge of more value may be conveyed by the history of a word, than by the history of a campaign». Tomado de *Aids to Reflexion* (London, 1825); nota al pie del aformism <sup>xii</sup>.

---

una significación a un enunciado, hacemos asociaciones de palabras, inventamos hábitos verbales, nos comunicamos conforme a motivaciones, temperamento, situación y mil asuntos más. ¿No son esos aspectos propios de la psicolingüística? A los expertos y metodólogos en la enseñanza o aprendizaje de lenguas y de la literatura les toca recorrer este vastísimo campo.

En cuanto a la filología, otro breve excursus en este itinerario. En Costa Rica ha habido notables filólogos; puede que menos que los esperados. Hace un siglo eran empíricos; es decir, autodidactas, como Carlos Gagini, autor del primer diccionario de barbarismos costarricenses (cuya segunda edición, de 1919, retituló *Diccionario de costarriqueñismos*)<sup>10</sup>. Sin embargo, la filología no ha logrado arraigar como seguramente se quiso hace medio siglo con la fundación de escuelas o departamentos universitarios en Costa Rica. En la actualidad en nuestro medio la filología suele asociarse, casi irremediablemente, al oficio de la corrección de estilo; es decir, al trabajo a destajo en las varias empresas editoriales, en los periódicos, y con alguna suerte en algunas entidades cuyos documentos y contratos han de estar redactados con claridad y cordura. No carece de mérito, pero es evidente que eso no es filología, si bien es una actividad que da para vivir; tampoco es justo asociar la imagen de quien ejerce la filología a alguien que se pasa tardes y noches enteras hurgando en lo imposible; en aquella letra de más, en una virgulilla de menos; entre paredes de libros antiguos buscando un inexistente espíritu de la lengua. Es injusto y es inexacto, como suelen ser los estereotipos profesionales. A mi entender, una buena labor filológica se está echando en falta en Costa Rica, si consideramos que entre sus más sugestivas tareas de hoy está la recuperación de obras literarias nacionales dejadas al olvido o abandonadas en los anaqueles polvorientos de las bibliotecas, algunas de ellas públicas. Es un proyecto de recopilación y fijación textual de obras señeras de las letras costarricenses (y puede que me quede corto: de las centroamericanas), que lleve a su vez las ediciones anotadas o críticas. Y eso es tarea de quien hace filología y de quien reconoce la importancia y posibilidades de esta disciplina, hoy día —como digo— algo devaluada en nuestro medio académico.

La lexicografía y su hermana más joven, la terminología, son otros dos campos que también merecen atención, sobre todo en un momento en que nuevos objetos, procesos y fenómenos corren ya como verdaderas riadas en nuestra vida cotidiana. Todos los días se crean aparatos y procedimientos y con ello instrucciones, hallazgos, por tanto, nuevas palabras. Hay trabajos lexicográficos notables, como el *Nuevo diccionario de costarriqueñismos*, y algunos otros, del profesor Miguel Ángel Quesada, pero hay más por hacer con el español de Costa Rica: diccionarios fraseológicos, diccionarios del argot, y seguramente gran variedad de repertorios lexicográficos para diferentes usos y necesidades. La terminología y la terminografía, actividades relativamente recientes, también deben tratarse por lo que son: espacios para el enriquecimiento del idioma y para la actualización misma de nuestras disciplinas.

---

<sup>10</sup> La primera edición apareció como *Diccionario de barbarismos y provincialismos de Costa Rica* (San José: Tipografía Nacional, 1892).

---

A propósito de los estudios lexicográficos, debo citar el nombre de otro renacentista, esta vez español: Sebastián de Covarrubias. Fue un personaje ejemplar por dos razones: por su empeño en indagar sobre su propio idioma y por su voluntad crítica de proceder con cordura, cautela y atención en su trabajo; en palabras de hoy día, por su conciencia epistemológica. Su *Tesoro de la lengua castellana*, datada en 1611, es una obra lexicográfica fundamental. La sola lectura de su prefacio —que dirige «Al lector»— constituye una rica lección del hacer lingüístico. El mayor interés de Covarrubias era indagar sobre la lengua original que se habló en España, mas de inmediato se percató de la vanidad de aquella empresa y decidió estudiar cómo se pudo haber formado el castellano de su época; tal era el tesoro que se empeñó en buscar. Hizo, en suma, ejercicios de etimología, de fonética y fonología, de lingüística comparada, de lingüística histórica; sabía con claridad que el griego, el latín, el hebreo y el árabe fueron alimentando el idioma que hablaba, pero también el francés, el italiano (el toscano). Es decir, tenía la certeza de que el castellano no era sino una «mezcla» de todas aquellas que llegaron a la península ibérica y las que ya existían en su territorio. Y atendamos como concluye su prefacio: «Y pido con toda humildad, y reconocimiento de mi poco saber, que todo aquello en que yo errare se me enmiende con claridad, y se me advierta para otra impresión». Fue un gesto de lealtad al conocimiento, a la razón y a la propia lengua. Interesante: Covarrubias era un clérigo —capellán, incluso, de Felipe II— y entre otras tareas llegó a ser consultor del Tribunal del Santo Oficio; ello no le impidió ver la realidad con una mirada analítica, limpia de prejuicios y dispuesta a examinar su idioma sin dogmas ni prejuicios. Tal vez esa actitud lo salvó del olvido. «Yo he buscado con toda diligencia este Tesoro de la lengua Castellana, y lidiado con diferentes fieras...», nos dice. Entre las fieras con las que se tuvo que batir se encontraban las propiamente metodológicas, diríamos hoy; es decir, las dificultades propias de la investigación, fuese por falta de información o por la cuidadosa labor que implicaba la búsqueda; pero también tuvo que superar otro tipo de obstáculos: la actitud de muchos de sus coetáneos a quienes se refiere como «los maldicientes y mal contentadizos», y en general la indiferencia o ignorancia imperantes para decidirse a emprender tan compleja tarea.

Nosotros, apreciables colegas congresistas, no nos vamos a topar con tales fieras en las exploraciones que vayamos a emprender. Puede, sí, que con algunos fantasmas, que a veces recorren las cuatro esquinas de nuestra casa de estudios. No son las alimañas que metafóricamente pintaba Covarrubias hace cuatro siglos, pero arrojan algunas sombras inquietantes en nuestro itinerario; son elusivas, omnipresentes y rondan las cercanías, porque están casi a nuestro lado. Una de ellas es la seducción de adscribirse a modas o escuelas, tal vez para experimentar la sensación de pertenencia a un selecto club. Otra, el miniaturismo epistemológico; analizar el ojo de la aguja, rizar el rizo, extraer de un solo guijarro una historia geológica, a costa de la interdisciplinariedad, de la integración de saberes, del diálogo en el conocimiento; es decir, de la conversación a lo largo del camino. La sobreespecialización puede conducir al enclaustramiento

---

y puede que éste a prerrogativas y exclusiones. Un tercer fantasma es el cortoplacismo; aquí en esta universidad, hace algunos meses hemos asistido a la convocatoria institucional para presentar proyectos de investigación y de docencia, para el año próximo. Es una etapa provechosa y estimulante, excepto porque a veces ciertos corsés burocráticos ejercen más fuerza que los deseos de trabajar. Por momentos nos hemos visto compelidos a sobreponer la cuantificación a la cualificación, las cifras a las palabras, el ábaco al alfabeto. Tratemos de imaginar, siquiera, al astrónomo Galileo Galilei presentando en su Italia del siglo xvii un proyecto de investigación para el perfeccionamiento del telescopio, y que unos funcionarios de la Universidad de Padua le pidiesen datos concretos sobre el número de planetas y estrellas que pensaba descubrir con el aparato. Risible situación en la que estaría el sabio: un telescopio solo para mirar las cercanías. Es el pragmatismo del corto plazo que en nuestros días podría envolver, como una madre selva, nuestra morada hasta oscurecerla y ahogarla.

Todo esfuerzo por renovar los estudios lingüísticos, en un medio como el costarricense, debe pasar por la renovación. Es una necesidad histórica y un imperativo ético; de otro modo nos congelaríamos o nos cubriríamos de telarañas. Lo que más se requiere en nuestros días es el aire fresco, la mente abierta, el diálogo con quien trabaja en el salón de al lado, en el país cercano o en tierras de ultramar. Y todo sin dogmas ni preceptos. Cuando nos reunimos en un Congreso solemos acudir con unas cuantas preguntas y otras tantas respuestas; por lo general ni unas ni otras son las definitivas. A lo mejor es porque los Congresos deberían medir sus éxitos y alcances no por el número de respuestas encontradas, sino por las nuevas y más numerosas preguntas con las que podamos salir.

Ya el reloj me hace un guiño, de modo que vayamos concluyendo. El aprendizaje de una segunda lengua —o su enseñanza— responde a una necesidad de traducir; me refiero a la operación de transferir —al mismo tiempo en forma momentánea y permanente— los bienes de dos lenguas que se encuentran, se rozan, se acarician y se tornan amantes. Vista desde la técnica, desde la pedagogía o desde la economía, la enseñanza de segundas lenguas es un verdadero negocio, tal como lo entendían los latinos; es decir, como la acción. Tal es nuestra tarea, entonces: buscar en este intrincado bosque alguna senda oculta que nos lleve al otro lado, a la vecina aldea, al convite, a la celebración del encuentro.

Y ahora —prevenido ya por los consejos de Michel de Montaigne— la otra mitad de estas palabras les pertenece a ustedes.

Muchas gracias.

© cfm. 2007

